

modo que esa gente viaja, con un gasto excesivo y la devastación por donde pasa, sin sacar de ello otra cosa que una grasa sorprendente. Monseñor ha engordado como una cuba, en cuanto al conde de Artois, ya ha cuidado de evitarlo con la vida que lleva.» Un soplo de humanidad al propio tiempo que de libertad ha penetrado en todos los corazones femeninos. Se interesan por los pobres, por los niños, por el pueblo; la señora de Egmont recomienda á Gustavo III la plantación de patatas en la Dalecárdia. Cuando aparece el grabado publicado á beneficio de los CALAS: «Toda la Francia y hasta toda la Europa se apresura á suscribirse, la emperatriz de Rusia por 5.000 libras,» según Bachaumont. «La agricultura, la economía, las reformas, la filosofía, escribe Walpole, son de *buen tono* hasta en la corte.» Habiendo escrito el presidente Dupaty una memoria en defensa de tres inocentes condenados á la «rueda, no se habla mas que de eso en la buena sociedad;» «estas conversaciones de sociedad, dice una corresponsal de Gustavo III, no son ociosas, pues que con ellas se forma la opinión pública. *Las palabras se han convertido en hechos* y todos los corazones sensibles ensalzan con transporte una memoria, animada por la humanidad y que parece llena de talento porque está llena de corazón.» Cuando Latude sale de Bicetre, las señoras de Luxembourg, de Boufflers y de Staël, quieren comer con la de Legros, la especiera, que «durante tres años estuvo removiendo cielo y tierra» para lograr la libertad del preso. Merced á las mujéres, á su ternura, á su celo, á la conspiración de sus simpatías, pudo M. de Lally llegar á obtener la rehabilitación de su padre. Cuando emprenden una cosa se encaprichan; la señora de Lauzun, tan tímida, llega á insultar públicamente á un hombre que habla mal de Necker. Recuérdese que en aquel siglo, las mujeres eran reinas, dictaban la moda, daban el tono, dirigían la conversación, y, por consiguiente, las ideas, y como consecuencia la opinión (1).

Quando se las encuentran delante en el terreno político, puede tenerse la seguridad de que los hombres las siguen; cada una de ellas arrastra consigo á toda su sociedad ó reunión.

## VI

Una aristocracia imbuída de máximas humanita-

(1) Collé, J. Journal III, 437 (1870): «Las mujeres han tomado tal superioridad sobre los franceses, los han subyugado de tal manera que éstos no piensan ni sienten ya sino por ellas.»

rias y radicales, cortesanos hostiles á la corte, privilegiados que contribuyen á minar los privilegios, forman un extraño espectáculo que necesita verse en los testimonios de la época. «Es de regla, dice un contemporáneo, que todo debe cambiarse y echarse de arriba abajo.» De lo más alto á lo más bajo, en las reuniones, en los sitios públicos, no se encuentran entre los privilegiados sino oposicionistas y reformadores. «En 1787, casi todo lo más notable que había entre los pares declaróse en el Parlamento á favor de la resistencia... He oído precorizar en las comidas en que entonces nos reuníamos casi todas las ideas que bien pronto debían triunfar con tanto brillo» (1). Ya en 1774, M. de Vaublanc, yendo á Metz hallaba en la diligencia un eclesiástico y un conde, coronel de húsares, que no dejaban de hablar de economía política. «Era la moda de entonces; todo el mundo era economista; nadie se ocupaba sino de filosofía, de economía política, y sobre todo, de humanidad, y de los medios de aliviar al pueblo; estas dos últimas palabras estaban en todas las bocas.» Añádase á ellas la de igualdad; Thomas, en un elogio del mariscal de Sajonia, decía: «No puedo disimularlo, era de sangre real,» y se admiraba esta frase. Sólo algunos jefes de antiguas familias parlamentarias ó señoriales conservaban el antiguo espíritu nobiliario y monárquico; toda la generación nueva estaba á favor de las novedades. «Para nosotros, dice de Ségur, que era uno de ellos, en sus *Memorias*, joven nobleza francesa, sin pesar por el pasado y sin inquietudes por el porvenir, marchamos alegremente sobre una alfombra de flores que nos ocultaba un abismo. Risueños adversarios de las antiguas modas, del orgullo feudal de nuestros padres y de sus graves etiquetas, todo lo antiguo nos parecía molesto y ridículo. La gravedad de las antiguas doctrinas nos pesaba. La risueña filosofía de Voltaire nos arrastraba divirtiéndonos. Sin profundizar la de los escritores más graves la admirábamos como prueba de valor y de resistencia al poder arbitrario... La libertad, cualquiera que fuese su lenguaje, nos gustaba por lo valiente y la igualdad por lo cómoda. Se halla gusto en descender tanto como se cree poder remontar así que se quiera; y sin previsión, saboreábamos á un mismo tiempo las ventajas del patriciado y las dulzuras de una filosofía plebeya. Así, aunque los restos de nuestro antiguo poder á los cuales se minaba bajo nuestras plantas, fuesen nuestros mismos privilegios, nos gustaba esa pequeña guerra. De ella no

(1) *Recuerdos manuscritos de M...*

experimentábamos las consecuencias y si sólo el espectáculo. Este consistía únicamente en combates de pluma y de palabra, las cuales no nos parecían pudieran perjudicar la superior existencia de que gozábamos y que una posesión de muchos siglos nos representaba como inquebrantable. Permaneciendo intactas las formas del edificio, no advertíamos que se le minara por el interior. Nos reíamos de las graves alarmas de la vieja corte y del clero que tronaban contra ese espíritu de innovación. Aplaudíamos las escenas republicanas de nuestros teatros, (1) discursos filosóficos de nuestros académicos y las atrevidas obras de nuestros literatos.» Si todavía continuaba la desigualdad en la distribución de los cargos y de los empleos «la igualdad empezaba á reinar en las sociedades. En muchas ocasiones los títulos literarios eran preferidos á los de la nobleza. Los cortesanos, servidores de la moda, iban á hacer la corte á Marmontel, de Alembert, Raynal. Frecuentemente veíanse en el mundo hombres de letras de segunda y tercera fila, á quienes se acogía y trataba con mayores atenciones de las que alcanzaba la nobleza de provincia... Las instituciones continuaban siendo monárquicas, pero las costumbres se hacían republicanas. Preferíamos una palabra de elogio pronunciada por de Alembert ó Diderot al más señalado favor de un príncipe. Imposible era pasar la velada en casa de de Alambert, ir al palacio de Larochehoucauld, en casa los amigos de Turgot, asistir al almuerzo del abate Raynal, ser admitido en la sociedad y la familia de M. de Mallesherbes, acercarse, en fin, á la reina más amable y al rey más virtuoso, sin creer que ingresábamos en una especie de edad de oro de que no nos daban idea alguna los siglos precedentes. Estábamos deslumbrados por el prisma de las ideas y de las doctrinas nuevas, radiantes de esperanza, abrasados de fuego por todas las glorias, de entusiasmo por todos los talentos y arrollados por los ensueños seductores de una filosofía que quería asegurar la dicha del género humano. Lejos de proveer desdichas, excesos, crímenes, derrumbamiento de tronos y de príncipes, sólo veíamos en el porvenir los bienes que podían asegurarse para la humanidad con el reinado de la razón. Se dejaba libre curso á todos los escritos reformadores, á todos los proyectos de innovación, á los pensamientos más liberales, á los

(1) De Ségur, I, 151. «En el teatro del palacio de Versalles, ví como toda la corte aplaudía con entusiasmo el *Bruto*, tragedia de Voltaire, y particularmente los dos versos que siguen:

Soy hijo de Bruto, y llevo en mi corazón grabados, la libertad y el odio á los reyes.

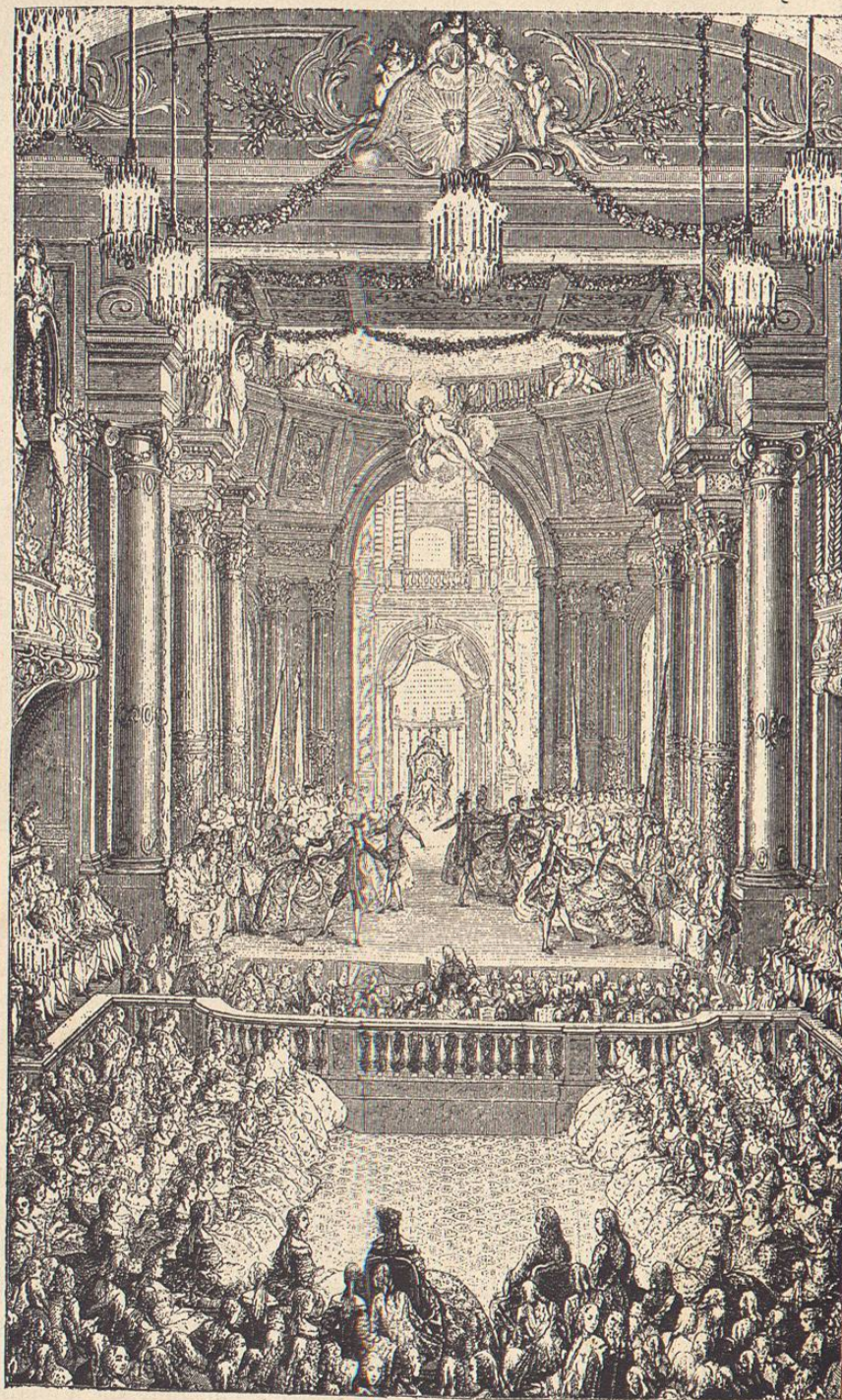
más atrevidos sistemas. Todos creían ir á la perfección, sin obstáculos y sin temor. Estábamos orgullosos de ser franceses del siglo XVIII... Nunca tan terrible despertar fué precedido de un sueño más suave ni de más seductores ensueños.»

No se contentan con sueños, con puros deseos, con pasivas esperanzas. Obran, son verdaderamente generosos; basta que una causa sea bella para que obtenga su sacrificio. A la noticia de la insurrección americana el marqués de la Fayette, abandonando á su joven esposa en cinta, se escapa, arrostra las prohibiciones de la corte, compra una fragata, atraviesa el Océano y va á batirse al lado de Washington. «Desde que conocí la querrela, dice, mi corazón quedó alistado y no soñaba mas que en incorporarme á mis banderas.» Muchos gentil-hombres le siguen. Verdad es que tienen afición al peligro; «una probabilidad de andar á fusilazos es harto preciosa para desdeñada,» dice Lauzun á propósito de su expedición á Córcega. Pero por otra parte, se trata de librar á los oprimidos. «Nos mostrábamos filósofos en calidad de paladines,» dice uno de ellos, y el espíritu caballeresco se pone al servicio de la libertad. Hay otros servicios más redentorios y menos brillantes á los cuales se entregan con celo no menor. En las asambleas provinciales (1) los más altos personajes de la provincia, obispos, arzobispos, abades, duques, condes, marqueses, unidos á los notables más opulentos é instruidos del Tercer estado, en junto un millar de hombres, en una palabra, lo más escogido de la sociedad, toda la alta clase convocada por el rey, establece el presupuesto, defiende al contribuyente contra el fisco, redacta el catastro, iguala la contribución, sustituye la prestación personal, provee á la inspección de vialidad, multiplica las oficinas de beneficencia, instruye á los agricultores, propone, fomenta y dirige todas las reformas. He leído los veinte volúmenes de sus actas; no es posible ver ciudadanos mejores, administradores más íntegros, más aplicados y que se den gratuitamente mayor trabajo sin más objeto que el bien público. Su buena voluntad es completa. Nunca la aristocracia fué tan digna del poder como en el momento en que iba á perderlo; los privilegiados, arrancados de su ociosidad, volvían á ser hombres públicos, y vueltos á sus funciones, volvían á su deber. En 1778 en la primera asamblea de Berry, el abate de Seguiran, relator, se atreve á

(1) Las asambleas de Berry y de la Alta-Guyenne empiezan en 1778 y 1779, las de las demás generalidades en 1787 (Leonceo de Lavergne. *Las asambleas provinciales*).

decir que «el reparto de la contribución debe ser una fraternal repartición de las cargas públicas» (1). En 1780, los abades, priores y capítulos de la misma

provincia, ofrecen de sus fondos 60.000 libras, y algunos gentil-hombres, en menos de veinticuatro horas, 17.000 libras. En 1787 en la asamblea de



Teatro del palacio de Versalles

Alençon, la nobleza y el clero se imponen 30.000

(1) Leoncio de Lavergne, 26, 55, 183. La oficina de impuestos de la Asamblea provincial de Tours, reclama también contra los privilegios en materia de contribución.

libras para aliviar con esa suma á los contribuyentes pobres de las parroquias, como puede verse en las actas de las asamblea provincial de Normandía, generalidad de Alençon. En el mes de Abril de 1787, el rey en la asamblea de los notables habla de la

«espontaneidad con que los obispos y arzobispos declararon no querer ninguna exención de su contribución á las cargas públicas.» En el mes de Marzo de 1789, desde la abertura de las asambleas de bailiaje, el clero en masa y la nobleza casi entera, en una palabra, el cuerpo de los privilegiados renuncia espontáneamente á sus privilegios en materia de contribución. El sacrificio se vota por aclamación; ellos van á ofrecerlo por su propio impulso al Tercer estado, y es necesario ver en las

actas manuscritas, su generoso y simpático acento para formarse idea de él. «El orden de la nobleza del bailiaje de Tours, dice el marqués de Lusignan, según las actas y documentos de los Estados Generales, t. XLIX, p. 712 y 714, considerando que sus miembros son hombres y ciudadanos antes que nobles, no puede interrumpir, de una manera más conforme al espíritu de justicia y patriotismo que le anima, el largo silencio á que le había condenado el abuso del poder ministerial, que declarando á sus



FONTENELLE

conciudadanos, que no entiende ya gozar para en adelante de ninguno de los privilegios pecuniarios que la costumbre le había conservado, y que por aclamación hace voto solemne de suportar con perfecta igualdad y cada uno á proporción de su fortuna, los impuestos y contribuciones generales que sean consentidos por la nación.» «Os lo repito, dice el conde de Buzançois al Tercer estado de Berry, somos todos hermanos, queremos compartir nuestras cargas. Deseamos no llevar más que un solo voto á los Estados, y de este modo mostrar la unión y la armonía que en ellos debe reinar. Estoy encargado de proponeros que os reunáis con nosotros para no formar más que un solo arreglo.» «Un diputado, decía, el marqués de Barbançon en nombre de la nobleza de Chateauroux, necesita reunir tres cualidades: probidad, firmeza y conocimientos; las dos primeras radican por igual en los diputados de las tres clases, pero los conocimientos se encontra-

rán más especialmente en el Tercer estado, cuya inteligencia tiene más práctica de los negocios.» «Un nuevo orden de cosas se despliega á nuestra vista, dice el abate Legrand en nombre del clero de Chateauroux; el velo de la preocupación está desgarrado, la razón ha ocupado su puesto. Esta se apodera de todos los corazones franceses, mina por su base todo lo que estaba fundado en las antiguas opiniones y saca de sí misma su fuerza.» No solamente se adelantan los privilegiados á hacer las primeras proposiciones, sino que lo hacen sin esfuerzo alguno; ellos hablan el mismo lenguaje que la gente del Tercer estado, son discípulos de los mismos filósofos, parecen partir de los mismos principios. La nobleza de Clermont en Beauvoisis (1), or-

(1) Prudhomme II, 39, 51, 59. De Lavergne, 384. En 1788 doscientos gentil-hombres de las primeras familias del Delfinado firman conjuntamente con el clero y el Tercer estado de la provincia, una representación al rey en la que se encuentra la siguiente

dena á sus diputados «pidan ante todo se haga una esplicita declaración de los derechos que corresponden á todos los hombres.» La nobleza de Mantes y Meulan afirma «que los principios de la política son tan absolutos como los de la moral, puesto que unos y otros tienen por base común la razón.» La nobleza de Reims pide «que se suplique al rey se sirva ordenar la demolición de la Bastilla.» Muchas veces tras semejantes votos y agasajos los delegados de la nobleza y del clero son acogidos en las asambleas del Tercer estado con aplausos, «lágrimas y transportes.» Cuando se ven estas efusiones, ¿cómo no creer en la concordia? ¿Y cómo preveer que van á batirse en la primera esquina de la calle los mismos que entran en ella asidos de la mano?

No tienen ellos esa triste sagacidad. Parten del principio de que el hombre, y sobre todo el hombre del pueblo, es bueno; ¿por qué suponer que pueda querer mal á los que bien le quieren? Ellos tienen conciencia de su benevolencia y de su simpatía. No solamente hablan de sus sentimientos, sino que los experimentan. En ese momento, dice Lacroix, contemporáneo de aquella época, en su *Historia de Francia en el siglo XVIII*, V, 2: «La piedad más activa llenaba las almas; lo que más temían los hombres opulentos era el pasar por insensibles.»—El arzobispo de París á quien más tarde se perseguía á pedradas, dió seis mil escudos para mejorar el Hotel-Dieu. El intendente Berthier, á quien más adelante se degollará, amilloró la Ile-de-France para igualar la contribución, con lo cual se rebajó el cupo, en una octava parte y después en un cuarto, como puede verse en las actas de la asamblea provincial de Ile-de-France p. 127 (1787). El banquero Beaujou hace construir un hospital. Necker reusa los honorarios de su cargo y presta al tesoro dos millones para restablecer el crédito. El duque de Charost, en sus tierras, desde 1770 como puede verse en de Lavergne, 52, 369, decreta la abolición de los jornales ó prestaciones señoriales y funda un hospital en su señorío de Meillant. El príncipe de Bauffremont, los presidentes de Vezet, de Chamolles, de Chaillot y otros muchos señores del Franco-Condado imitan el ejemplo del rey dando á sus siervos la libertad, como puede verse en *En el grito de la razón*, por Clerget, cura de Onans, p. 258. El obispo de San Claudio, reclama á pesar de su capítulo, la libertad de sus siervos. El marqués de

frase: «Ni el tiempo ni los hechos pueden legitimar el despotismo.» *Los derechos de los hombres derivan de la sola naturaleza y son independientes de sus contratos.*

Mirabeau establece en su posesión del Limosin un despacho gratuito de conciliación para transiguir los pleitos, y cada día, manda fabricar en Fleury novecientas libras de pan bazo para el consumo del «pobre pueblo que se lo arrebatara de las manos» como es de ver en las *Memorias de Mirabeau*, por Lucas de Montigny, I, 290, 368 y en *La agricultura y las clases rurales en la comarca tolosana*, de Théron Montaugé, p. 14. M. de Barral, obispo de Castres, manda á todos sus curas que prediquen y propaguen el cultivo de la patata. El marqués de Guerchy se sube con Arturo Young sobre los haces de heno para aprender á hacer una buena pila. El marqués de Lasteyrie importa la litografía á Francia. Muchos grandes señores y prelados figuran en las sociedades de agricultura, escriben ó traducen libros útiles, siguen las aplicaciones de las ciencias, estudian la economía política, se enteran de la industria, se interesan como aficionados ó promovedores de todas las mejoras públicas. «Nunca, dice también Lacroix, habían estado tan unidos los franceses para combatir todos los males cuyo tributo nos impone la naturaleza y que por mil vías distintas penetran en las instituciones sociales.» ¿Puede admitirse que tal cúmulo de buenas intenciones reunidas conduzcan á destruirlo todo? Todos se igualan, lo mismo el gobierno que la elevada clase, sin pensar más que en el bien que han hecho ó creído hacer. El rey se acuerda de que ha devuelto su estado civil á los protestantes, abolido la cuestión previa, suprimido la prestación en especie, establecido la libre circulación de los granos, instituido las asambleas provinciales, levantado la marina, socorrido á los americanos, libertado á sus propios siervos, disminuido los gastos de su casa, empleado á Malesherbes, Turgot y Necker, dado suelta á la prensa, atendido á la opinión pública; todo ello en terminos de que, como dice Necker en una cita de Tocqueville: «A la mayor parte de los extranjeros se les hace difícil formarse una idea de la autoridad que en Francia ejerce hoy día la opinión pública, y comprenden difícilmente lo que es este poder irresistible que manda hasta en el palacio del rey. Y sin embargo es así.» Ningún gobierno se ha mostrado más suave; en 14 de Julio de 1789 no había en la Bastilla más que siete presos, de los cuales uno era idiota, otro estaba detenido á instancia de su familia y cuatro eran acusados de falsedad. Ningún (1) príncipe fué más humano, más

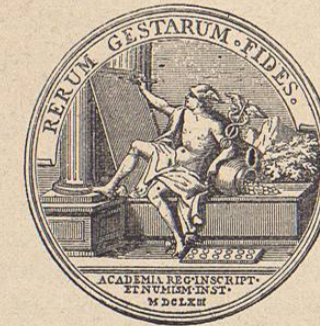
(1) Garnier de Cassagnac II, 236.—Al comienzo del reinado de Luis XVI. M. de Malesherbes visitó, según costumbre, las

caritativo, ni más cuidadoso de los desgraciados. En 1784, año de inundaciones y epidemias, mandó distribuir socorros por valor de tres millones. Todos se dirigen á él, hasta para asuntos privados; en 8 de Junio de 1785, manda doscientas libras á la familia de un labrador bretón que teniendo ya dos hijos, da su mujer otros tres á luz en un solo parto. Durante un riguroso invierno deja que los pobres invadan diariamente sus cocinas. Según Turgot, es muy probable que fuera el hombre de su época que amó más al pueblo. Debajo de él, sus delegados se conforman con sus miras; he leído muchas cartas de intendentes que procuraban ser pequeños Turgots: «Uno construye un hospital, otro funda premios para los labradores, éste admite artesanos á su mesa; aquél emprende la roturación de un pantano. M. de la Tour, hizo tanto bien en Provenza durante cuarenta años, que á su pesar votóle el Tercer estado una medalla de oro. Un gobernador da un curso de panadería económica.—¿Qué peligro pue-

casas en que había presos de Estado. «Me ha dicho que no había hecho salir más que dos.» (Senac de Meilhan. *Del gobierno, de las costumbres y de las condiciones en Francia.*)

den correr semejantes pastores en medio de su rebaño? Cuando el rey convoca los Estados generales nadie está «desconfiado,» ni se espanta del porvenir. «Se hablaba (1) del establecimiento de una nueva constitución del Estado como de una obra fácil, como de un acontecimiento natural.»—Los hombres mejores y más virtuosos, veían en ello el principio de una nueva era de felicidad para la Francia y para todo el mundo civilizado. Los ambiciosos se regocijaban por la larga carrera que iba á abrirse á sus esperanzas. Pero no se hubiera encontrado ni un individuo, ni el más tético, ni el más tímido, ni el más entusiasta, que preveyera uno solo de los extraordinarios acontecimientos á que iban á ser arrastrados los Estados reunidos.»

(1) Mathieu Dumas *Memorias* I, 426.—Sir Samuel Romilly, *Memorias* I, 99. «La seguridad llegó hasta la extravagancia.» (Señora de Genlis, *Memorias*.)—En 29 de Junio de 1789, Necker decía en el consejo real de Marly... «¿Qué puede haber de más frívolo que los temores concebidos con motivo de la organización de los Estados generales? Nada puede en ellos estatuirse sin el asentimiento del rey.» (De Barentin, *Memorias*, p. 187).—Manifiesto de la Asamblea nacional á sus comitentes en 2 de Octubre 1789.—«Una gran revolución cuyo proyecto hubiera partido quimérico hace algunos meses se ha operado entre nosotros.»



Medalla de la Academia de inscripciones y bellas letras de Francia